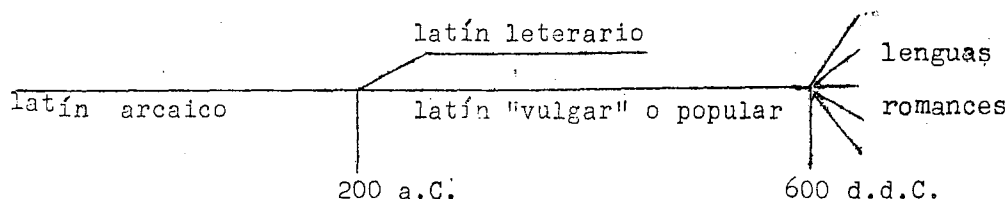


norma del área serior; en efecto, en esa zona, que fué la última provincia conquistada, se difundieron las formas latinas de la época en que se colonizó (II siglo d.C.) pero, dado que Dacia quedó luego aislada del resto de la romanidad, en rumano se conservan formas que son anteriores a las formas nuevas que surgieron en Italia y se difundieron por todo el Occidente después del siglo III.

4) El hecho de que el latín nunca fué perfectamente unitario.

En efecto, el latín arcaico se presenta como una lengua que admitía una gran variedad de formas y la relativa homogeneidad que encontramos en el latín llamado clásico se debe, justamente, al hecho de que fuera una lengua literaria fijada, codificada y unificada, en un período relativamente breve, por unos cuantos escritores. Naturalmente, esa tendencia a la unificación y homogeneidad de las formas, perfectamente normal en una lengua literaria y de cultura que era además lengua oficial de un poderoso Estado fuertemente centralizado, habrá alcanzado, gracias a las escuelas, también el habla corriente, sobre todo de las clases más cultas. Pero, indudablemente, esa tendencia no llegó a hacer coincidir el hablar corriente con la lengua docta y oficial y buena parte de la variedad y heterogeneidad del latín arcaico se mantuvo en la lengua hablada, sobre todo entre las gentes menos cultas y en las campañas. En este sentido, Grandgent considera que el latín "vulgar" es el de las clases medias que continúa por su cuenta el latín arcaico (mientras se aparta de ese mismo latín la lengua "literaria" escrita y hablada por la aristocracia social y cultural) y que termina con la formación de los idiomas romances, es decir, en el momento en que se quiebra la unidad lingüística del Imperio, dada por la intercomprensión entre los hablantes de varias regiones. Tendríamos una situación representable en el siguiente esquema, bastante aceptable:



5) El hecho de que el mismo latín literario no era perfectamente unitario, ni en el sentido sincrónico ni en el sentido diacrónico.

En efecto, aun entre escritores de la misma época hay diferencias no sólo estilísticas sino también gramaticales y cierta evolución, aunque limitada, en parte por perfeccionamientos "interno" y en parte mediante la aceptación de formas del hablar corriente, puede notarse en el mismo latín de la literatura. Además, si consideramos el "latín clásico" como una lengua no sólo escrita sino también hablada, aunque sólo por una aristocracia cultural y social, debemos admitir que debía haber diferencias entre la forma escrita y la hablada. En efecto, concesiones hechas al hablar corriente o familiar pueden indicarse en las obras de menor solemnidad de los escritores más ejemplarmente "clásicos" (cf. las cartas de Cicerón). Giros, expresiones, palabras "populares" se encuentran en todo el llamado latín clásico, justamente porque durante mucho tiempo no hubo ningún abismo entre el latín culto y el menos culto. Así, por ej., se han podido distinguir elementos "populares" en la lengua de Horacio (A. Ernout).

6) La difusión de formas nuevas en la larga historia del llamado latín "vulgar" (v. más arriba los ejemplos de metus-pavor, pulcher-formosus-bellus).

Todas las razones hasta aquí expuestas han destruido y convencionalizado de a poco el cuadro tradicional del latín "vulgar" concebido como una lengua constantemente distinta del latín "clásico" y paralela a éste, como "otra" lengua latina y, al mismo tiempo, como una lengua unitaria y homogénea tanto como el "otro" latín. Si consideramos el material que estudia Meyer-Lübke o el que trae Grandgent (o, también, Bourciez en sus Eléments de linguistique romane), comprobamos que no se trata de un verdadero "sistema lingüístico" sino más bien de un conjunto de formas diferenciadas territorial y cronológicamente.

En realidad, en la constitución del concepto de latín "vulgar" nos encontramos con las dificultades que se encuentran en la constitución del concepto de "lengua" (sobre todo de un concepto no sólo sincrónico sino también diacrónico) y en el problema de la reconstrucción. Desde el punto de vista puramente glotológico, toda "lengua"

llega a una lengua con existencia histórica real, dado que, por un lado, las respectivas isoglosas no se remontan todas a un mismo momento histórico y que, por otro lado, cualquier lengua real de un momento histórico determinado debió contener también elementos que no tienen continuación en los idiomas romances: de nuevo nos encontramos con que cada forma tiene en su historia y sus límites en el tiempo y en el espacio. Y menos todavía se puede llegar a una lengua unitaria y homogénea. Hay, naturalmente, formas que sólo encontramos en el latín literario, que no tienen ninguna continuación en las lenguas romances y que, por lo tanto, no atribuiremos al "latín vulgar". Así, por ej., palabras como crus, pulcher, diu, aequor, crur, iecur, etc. Así, también, podemos atribuir al "latín vulgar" formas como auricula, cantare, mesa, mesura porque son éstas y no las respectivas formas "clásicas" (auris, canere, mensa, mensura) las que se continúan en las lenguas romances. Pero no podemos afirmar sin más que sidus y metus eran clásicos y stella y pavor "vulgares", porque sidus se conserva en algún dialecto italiano y metus se conserva en español. Ni siquiera en un aspecto sistemático como el aspecto fónico puede reconstruirse un sistema unitario: en efecto, dado que, a diferencia de la mayoría de las lenguas romances, el rumano conserva como u la ū y el sardo conserva tanto ū como ĩ (en las demás lenguas romances esas vocales pasan a o, e cerradas), habría: que reconstruir para el "latín vulgar" no uno sino tres sistemas vocálicos, uno correspondiente al rumano, otro correspondiente al sardo y el tercero correspondiente a las demás lenguas románicas (cf. rum. siccus > sec, pero gula > gură, furca > furcă, y sardo filus, pira, gula, furca). Del mismo modo, no podemos decir simplemente que el latín "vulgar" (considerado como todo el latín corriente de la época imperial) palatalizó la velar en los grupos ke, ki, porque tal palatalización no ocurrió en el sardo logudorés y fué sólo parcial en Dalmacia. Y por lo que concierne a la s final comprobamos que mientras una parte^{de} la Romania (Italia, Dacia) la elimina totalmente, otra parte (Galia, Iberia) no sólo la conserva sino que la reintegra también en las posiciones en las que desaparecía ya desde el latín arcaico. Y no estamos mejor por lo que concierne al sistema gramatical, pues, por ej., mientras la mayoría de las lenguas romances presentan

un futuro perifrástico con habeo, el rumano tiene el futuro con voló; mientras todas las demás lenguas romances tienen el artículo derivado del demostrativo ille, el sardo lo tiene de ipse: refiriéndonos al latín "vulgar" podemos sólo hablar de tendencias a la perífrasis, tendencia a la determinación mediante artículo, y no de formas determinadas. El "latín vulgar" aparece, pues, como una abstracción constituida por formas homogéneas, formas heterogéneas pero caracterizadas por una tendencia homogénea y formas simplemente heterogéneas. Si, en cambio, queremos afirmar que "el latín vulgar" es el sistema unitario que se reconstruye sobre la base de todas las lenguas romances, el concepto se abstractiza todavía más, pues quedan fuera de él numerosos elementos latinos conservados en las lenguas romances sin solución de continuidad.

Por otra parte, no hay ninguna razón de llamar "vulgares" formas como mare, terra, campus, fortis, portare, ligare, iocare, facere, opto, desem y otros centenares más, pues ellas pertenecen con el mismo título al latín que llamamos "clásico" y, si nos remontamos en el tiempo, el número de esas formas aumenta cada vez más, pues prácticamente todas las formas del latín clásico (menos las formaciones puramente literarias) fueron en algún momento populares.

Hemos llegado, pues, a la conclusión de que el "latín vulgar" no es ninguna lengua histórica real sino una abstracción que explica el elemento latino "heredado" por las lenguas romances (excluyendo con eso el elemento latino "adquirido" por las mismas en épocas sucesivas - cf. la distinción de Bally entre langage transmis y langage acquis). Es un concepto más amplio que el de "latín clásico", porque, aun comprendiendo buena parte de éste, comprende también elementos que nunca pertenecieron al latín literario. Es también un concepto más amplio en el tiempo, pues contiene formas anteriores al latín clásico y que no penetraron en éste, como también formas más recientes. Y es un

latín mucho más diferenciado. En efecto, mientras lo que llamamos "latín clásico" puede considerarse como una lengua "standard", en gran parte inmutable, en el "latín vulgar" distinguimos notables diferencias regionales, sociales y estilísticas y, en cada uno de esos tres tipos de diferencias, diferencias cronológicas.

¿En qué sentido, entonces, podemos identificar el "latín vulgar" con el latín lengua común del Imperio Romano? Pues en el sentido de que se trata de un conjunto de formas "vivas" (habladas) durante la época imperial. Formas que, naturalmente, no hay por qué considerar como contemporáneas: algunas de ellas son muy antiguas, pertenecían ya al latín arcaico y se mantuvieron luego en las épocas clásica y post-clásica; otras surgieron más tarde, o mucho más tarde. Tampoco sería exacto considerar dichas formas como "universales", es decir como pertenecientes a todo el latín hablado en un determinado momento de la época imperial: muchas de ellas pueden haber pertenecido sólo a ciertas regiones del Imperio y otras pueden haber pertenecido sólo a determinadas capas sociales y culturales (y ya veremos luego que tales circunstancias explican, por lo menos en parte, la diferenciación de las lenguas romances y sirven para su caracterización). Pero, evidentemente, cierto número de isoglosas (en primer lugar las que unen hasta hoy todos los idiomas romances, y muchas otras que se han quebrado en época más antigua o más reciente, por diferenciación e innovación) pertenecieron a todo el latín hablado durante la época imperial, asegurando la intercomprensión regional y social. Evidentemente, dicho número era mayor en los primeros siglos del Imperio y luego disminuyó cada vez más en los siglos sucesivos. Haciendo un promedio entre conservaciones e innovaciones, podemos atribuir dicho sistema de isoglosas, ya bastante distinto del clásico, pero todavía suficientemente unitario, a los siglos III y IV d.d.C. Asimismo, desde el punto de vista social, es legítimo atribuir el sistema unitario más amplio a las clases medias, cuya habla representaba, evidentemente, un grado intermedio entre el lenguaje de la aristocracia (más conservador, más culto, más cuidado estilísticamente) y el de la plebe y de los campesinos. En este sentido, justamente, se dice que el "latín vulgar" debe definirse como el latín ha-

blado por las clases medias. Pero hay que notar aquí que se trata en este caso sólo del más amplio sistema unitario, mientras que en las lenguas romances se continúan también formas que quedan fuera de dicho sistema (formas "cultas" y formas "rústicas", desde el punto de vista del latín común de la época imperial) y formas pertenecientes a sistemas menores (socialmente y regionalmente), como también formas que pueden atribuirse a sistemas mayores (pertenecientes a todas las clases sociales; o a las clases medias y al mismo tiempo a la aristocracia; o a las clases medias y a la plebe). Tal consideración deberá tenerse en cuenta luego, en la caracterización y descripción del "latín vulgar". Deberá tenerse en cuenta que las isoglosas que se indicarán no tienen todas la misma extensión social, regional y estilística.

Es evidente, pues, que el nombre de "latín vulgar" (o "latín popular") es un nombre equivocado, desde el punto de vista de las investigaciones y concepciones más recientes, y no tiene de por sí carácter definitorio, pues no se refiere a un latín propiamente "vulgar". El término puede sólo conservarse por concesión a la tradición, como nombre convencional del complejo concepto que acabamos de delinear.

Se plantea ahora el problema de cómo podemos conocer esas formas más corrientes, o más populares, o más vitales, o más recientes que las formas clásicas, y que constituyen lo que llamamos "latín vulgar". Evidentemente, dado el concepto que hemos esbozado, sería absurdo pensar en textos escritos en "latín vulgar" (por oposición a los textos clásicos). Por otra parte, la lengua escrita aparece siempre más cuidada, más "cultas", que la lengua oral: hasta en los individuos más incultos tiende siempre a adaptarse a cierto modelo. Y para los Romanos de la época imperial el modelo supremo fué siempre el latín "clásico" por excelencia, el latín ciceroniano. Lo único que podemos esperar es encontrar aisladamente en los textos formas que llamamos "vulgares" o indicaciones acerca de ellas. Según la cultura de los autores o de los escribientes y según la índole de los textos considerados, dichas formas pueden ser más o menos numero-

sas; en algunos casos son tan numerosas que justifican, con todas las salvedades que hasta ahora se han hecho, el rótulo de "textos vulgares": son éstos, justamente, los que se han reunido en las varias antologías y crestomatías del "latín vulgar".

He aquí las principales fuentes que nos proporcionan "formas vulgares":

1) Las inscripciones. En las inscripciones se emplea a menudo un lenguaje que se aleja de la lengua literaria y se acerca al habla corriente. Son muy importantes, en particular, las vacilaciones y los errores de los grabadores: excluidos los simples lapsus, se trata a menudo de concesiones hechas al lenguaje hablado. Un carácter de particular espontaneidad presentan, entre otras, las inscripciones murales de Pompeya.

2) Los gramáticos. que señalan a menudo formas "incorrectas", populares, dialectales, etc., o nos informan acerca de la pronunciación corriente que se aleja de la que se refleja en la ortografía fijada en la época clásica.

3) Diplomas y documentos medievales, en los que disminuye cada vez más el conocimiento de la lengua ciceroniana y se sustituyen formas clásicas por formas corrientes.

4) Errores en las copias de manuscritos: como en el caso de las inscripciones, los copistas incultos o insuficientemente cultos pueden introducir deformaciones que reflejan su pronunciación y formas que les son más familiares que las clásicas que deberían reproducir.

5) Escritores arcaicos. En los escritores anteriores a la fijación del latín clásico, se encuentran a menudo formas que la lengua clásica rechazó pero que se conservaron en la lengua hablada, o, por lo menos, en el lenguaje más popular, y que a menudo tienen su continuación hasta los idiomas romances. Así, por ej., en Plauto se encuentran narrare, fabulari ('hablar'), en lugar del clásico loqui.

6) Ciertas obras menores de autores clásicos. Formas "vulgares"

(corrientes, habladas) aparecen también en ciertas obras de menor cuidado estilístico de autores de la más pura clasicidad, como, por ejemplo, las cartas de Cicerón, en particular las familiares.

7) Escritores cristianos. Entre ellos hay algunos muy cultos, como San Agustín, pero los hay también que emplean a menudo un lenguaje que se aleja de los modelos clásicos, acercándose a un lenguaje más corriente y más comprensible para las masas a las que se dirige. Así, por ej., Tertuliano, Lactancio, Comodiano. El mismo San Agustín, en sus prédicas, hace varias concesiones al habla corriente. En efecto, hay que tener en cuenta que el cristianismo, sobre todo en sus comienzos, fué una doctrina que se dirigía particularmente a las masas, un movimiento del pueblo más humilde.

8) Glosarios y listas de formas "incorrectas" (desde el punto de vista del latín clásico).

9) Textos "vulgares" (v.s.), es decir, textos que, por la incultura de los autores o deliberadamente (para presentar con mayor realismo ciertos personajes plebeyos o rústicos), emplean un lenguaje corriente o popular, que se aleja notablemente de los modelos clásicos.

10) Las lenguas romances. Además de numerosas formas que se encuentran en las fuentes hasta aquí enumeradas, las lenguas romances continúan también formas que deben haber sido vitales en todo o en una parte del latín imperial, pero que no se encuentran documentadas en las fuentes de que disponemos. Tales formas, "vulgares" con igual derecho que las anteriores, se reconstruyen. (Por convención las formas reconstruídas se señalan mediante un asterisco; por ej., *plattus, *toccare).

Evidentemente, entre las formas que nos proporcionan los textos, hay varias que son solecismos, particularismos del autor o del escribiente, y que nunca habrán logrado difusión; otras formas, entre las que se conservan luego en los idiomas romances o que se encuentran en textos ulteriores, pueden reflejar modalidades ya generales en el latín de la época, o modalidades ya afirmadas en una capa social o en toda una región, como también puede tratarse

en toda una región, como también puede tratarse de innovaciones recientes que apenas empezaban a difundirse. Establecer la cronología exacta de esas formas es prácticamente imposible: filológicamente, lo único que se puede establecer es el primer término de documentación de cada forma (la fecha, segura o aproximada, del primer texto ^{en} que se encuentra). La cronología relativa de las formas se establece por medios filológicos pero también con medios puramente lingüísticos, como el método comparativo y la geografía lingüística. En el caso de formas reconstruidas, sólo se puede tratar de establecer la cronología relativa (es decir, establecer que una forma es más antigua o más reciente que otra), y eso con medios exclusivamente lingüísticos, mientras la atribución de una forma a cierta época histórica aparece sumamente arriesgada, particularmente cuando no se trate de zonas que se han separado del resto de la romanidad en una fecha determinada (puesto que, por ej., de una forma conservada en español y en rumano, o en francés y en rumano, podemos afirmar por lo menos que es anterior al aislamiento de la Dacia).

Entre los textos que nos proporcionan mayor cantidad de material "vulgar", y que son los indicados bajo 8 y 9, algunos merecen especial mención:

a) El Appendix Probi. Es una lista de formas "incorrectas", una especie de guía del "buen decir", que se recopiló probablemente en el siglo III o IV d.d.C. El manuscrito que poseemos es un palimpsesto del siglo VII u VIII que se conserva en Viena. Se llama "Appendix Probi" porque se encuentra como apéndice a un texto gramatical de Probo. Indica las formas "correctas", es decir, clásicas, al lado de las formas "incorrectas", evidentemente corrientes. O sea indica cómo "hay que decir" en buen latín clásico, en lugar de como se dice o de como muchos dicen: auricula non oricla, oculos non oclos, etc.

b) Las glosas de Reichenau, manuscrito que perteneció a Reichenau y se conserva actualmente en la biblioteca de Karlsruhe (Alemania). Contiene dos glosarios, uno bíblico y otro bíblico-patrístico, recopilados probablemente en Galia en el siglo VIII (según otros

mucho antes), los cuales explican las formas clásicas que se consideran de difícil comprensión mediante formas más "populares" o usuales: imber - pluvia, ictus-colpus, flere-plorare, etc.

c) La Cena Trimalchionis, un amplio fragmento de la conocida novela Satyricon de Petronio (es dudoso que se trate del Petronio Arbiter de la época de Nerón, m. en 66 d.d.C.), en el que se describe un banquete en una localidad cerca de Nápoles, probablemente en Cuma, durante el cual, mientras algunos personajes hablan el latín literario, otros, y en primer lugar el liberto Trimalción, hablan un lenguaje "incorrecto" y vulgar que refleja, por lo menos hasta cierto punto, el latín de las clases sin cultura.

d) La Mulomedicina Chironis, un tratado de veterinaria traducido y adaptado del griego, probablemente en el siglo IV d.d.C., atribuido a un tal Chirón, hombre, evidentemente, de poca cultura, que emplea numerosos vulgarismos. Se conserva en la biblioteca de Munich, en un manuscrito del siglo XV.

e) La Peregrinatio ad Loca Sancta o Peregrinatio Aetheriae (Egheriae) que, por error, se ha llamado también Peregrinatio Silviae. Es una obra compuesta en España entre 381 y 388 (o entre 380 y 420; según investigaciones más recientes, por 418) por una monja llamada Eteria o Egeria y en la que se narra una peregrinación a los lugares recordados en la Biblia. La narración tiene interés histórico, por ser la primera obra sobre peregrinaciones a Palestina. La autora es persona de cierta cultura, por lo cual su lenguaje es corriente y más bien libre con respecto al latín clásico, pero no propiamente vulgar.

Breve descripción del "latín vulgar".

Trataremos de indicar en lo que sigue las principales isoglosas del "latín vulgar", preocupándonos en particular por aquellas que lo diferencian del latín clásico, pero dejando de lado, por ahora su ^{ción} diferencia interna. (Queda establecido, naturalmente, que, de las isoglosas que se indicarán, ciertas son generales y otras sólo parciales).

En la caracterización de una lengua se empieza comúnmente con el aspecto fónico. Sin embargo, dado que se trata de un sistema fónico en evolución, y falta de unidad históricamente limitable, y dado,

por otro lado, que los sonidos lingüísticos sólo existen en palabras y se difunden con las palabras, preferimos empezar aquí por el

1) Vocabulario.

a) Naturalmente, hay, en primer lugar, un gran número de palabras que son comunes al latín literario (clásico) y al latín corriente de la época imperial: son palabras que constituyen isoglosas latinas generales, que -desde el punto de vista social- pertenecen a todas las clases sociales y -desde el punto de vista fonológico- mantienen su vitalidad en la lengua comúnmente hablada a través de todo el período que atribuimos al latín vulgar y hasta las lenguas romances. Así, por ejemplo: homo, filius, manus, aqua, paris, ferum, rota, asinus, cervus, caelum, arbor, vita, dolor, bonitas, habere, dormire, videre, credere, rotundus, plenus, calidus, siccus, niger, novus, bonus, mater, pater, puteus, vacca, altus, longus, viridis, amare, audire, dicere, vendere, bene, male, si, in, etc., etc. Estas palabras, y otras como ellas, pertenecen hasta la actualidad a la serie de isoglosas que determinan la unidad románica y, al mismo tiempo, la unidad del romance y el latín, todo el latín: en efecto, son palabras perfectamente clásicas, pero al mismo tiempo "vulgares", y, con alguna excepción, se conservan hasta hoy en todas las lenguas neolatinas.

b) En una segunda categoría, agrupamos otra serie de palabras que se encuentran en la misma situación de las anteriores, es decir, que también son clásicas (literarias) y al mismo tiempo corrientes ("vulgares"), pero que en latín clásico tienen sinónimos ya exclusivamente literarios en la época a que nos referimos. Se trata, pues, en cada caso, de una pareja de palabras del latín literario de las cuales una siguió manteniendo su vitalidad en toda la lengua hablada mientras la otra o no perteneció nunca a todo el latín (es decir, al latín de todas las regiones y de todas las clases sociales) o ya había muerto, desde el punto de vista del hablar corriente, en la época en que situamos el "latín vulgar"; una es una palabra perfectamente vital de todo el latín, mientras la otra es un fenómeno de conservación característico de la lengua literaria, una palabra docta o culta, o que se ha vuelto tal en la época imperial. Evidentemente, en las lenguas romances se conservarán sin solución

de continuidad sólo las palabras clásico-vulgares (vitales tanto en la lengua literaria como en la corriente), mientras no se conservarán del mismo modo sus sinónimos exclusivamente literarios.

Así por ejemplo:

<u>(palabras sólo "clásicas")</u>		<u>(palabras clásico-vulgares)</u>
<u>aequor</u>	-	<u>mare</u>
<u>tellus</u>	-	<u>terra</u>
<u>sidus</u>	-	<u>stella</u>
<u>letum</u>	-	<u>mors</u>
<u>vulnus</u>	-	<u>plaga</u>
<u>cruor</u>	-	<u>sanguis</u>
<u>tergum</u>	-	<u>dorsum</u>
<u>alvus</u>	-	<u>venter</u>
<u>ager</u>	-	<u>campus</u>
<u>tuba</u>	-	<u>bucina</u>
<u>lorum</u>	-	<u>corrigia</u>
<u>formido</u>	-	<u>pavor</u>
<u>pulcher</u>	-	<u>formosus, bellus</u>
<u>magnus</u>	-	<u>grandis</u>
<u>validus</u>	-	<u>fortis</u>
<u>alius</u>	-	<u>alter</u>
<u>omnis</u>	--	<u>tatus</u>
<u>edere</u>	-	<u>manducare</u>
<u>potare</u>	-	<u>bibere</u>
<u>ludere</u>	-	<u>iocare</u>
<u>ferre</u>	-	<u>pottare</u>
<u>vincire</u>	-	<u>ligare</u>
<u>equus</u>	-	<u>caballus</u>
<u>os</u>	-	<u>bucca</u>
<u>domus</u>	-	<u>casa, mansio, hospitale</u>
<u>aestus</u>	-	<u>calor</u>
<u>agere</u>	-	<u>facere</u>
<u>agna</u>	-	<u>spica</u>
<u>amittere</u>	-	<u>perdere</u>
<u>anguis</u>	-	<u>serpens</u>
<u>armilla</u>	-	<u>brachiale</u>

<u>ater</u>	-	<u>niger</u>
<u>balteus</u>	-	<u>cingulum</u>
<u>brassica</u>	-	<u>caulis</u>
<u>brevis</u>	-	<u>curtus</u>
<u>esurire</u>	-	<u>famem habere</u>
<u>fluere</u>	-	<u>currere</u>
<u>gramen</u>	--	<u>herba</u>
<u>imber</u>	-	<u>pluvia</u>
<u>ianua</u>	p	<u>porta</u>
<u>lapis</u>	-	<u>petra</u>
<u>linguere</u>	-	<u>laxare</u>
<u>plaustrum</u>	-	<u>carrus</u>
<u>sus</u>	-	<u>porcus</u>
<u>diu</u>	-	<u>longe, longum tempus</u>
<u>cum</u>	-	<u>quando</u>
<u>ob</u>	-	<u>pro, propter, per</u>
<u>sero</u>	-	<u>tarde</u>
<u>ut</u>	-	<u>quomodo</u>
<u>ab</u>	-	<u>de</u>

Del mismo modo, son exclusivamente clásicos ("muertos", desde el punto de vista de la lengua corrientemente hablada) toda una serie de elementos funcionales (adverbios, preposiciones, conjunciones), como: an, at, autem, donec, enim, ergo, etiam, haud, igitur, ita, nam, postquam, quidem, quin, quoad, quoque, sed, sive, ut, utrum, vel, etc.

Hay que notar, sin embargo, que algunas de las formas "clásicas" mantienen cierta vitalidad regional, conservándose esporádicamente, particularmente en zonas de colonización muy antigua, en áreas aisladas o laterales. Así, sidus se conserva todavía en cierto dialecto del antiguo italiano, aunque con distinto significado; ager > um. agru y ant. fr. aire; ianua > sardo yanna; lorum > sardo(logudorés) loru y port. loro; magnus > ant. esp. maño (cf. también tam magnus > tamaño)

y logud. mannu, domus, sard. domu. (Obsérvese, en particular, el caso de Cerdeña, área aislada, donde palabras como loru, mannu, domu, yanna son perfectamente vitales hasta hoy día). Entre esas formas, es interesante el caso de equus, del cual no se conserva el masculino (sustituido por caballus), mientras se mantiene vital el femenino equa > esp. vegua, sardo ebba, rum. iapa, ant. fr. ive.

Tales formas de conservación esporádica deberían, pues, considerarse como clásico-vulgares en ciertas regiones y como exclusivamente clásicas en otras. De todos modos, en la época imperial ellas ya no constituían isoglosas generales del latín corrientemente hablado.

Otras palabras "clásicas" (como esp. pulcro, válido, magno, etc.) no pertenecen al fondo heredado de las lenguas neolatinas, sino que son cultismos, elementos "doctos" introducidos mucho más tarde en el romance, del latín literario.

c) Finalmente, en una tercera categoría agrupamos una vasta serie de palabras específicamente "vulgares", que no se encuentran en el latín clásico. Se trata la mayoría de las veces de innovaciones surgidas en el latín corriente después de la época clásica, pero a veces, también de palabras muy antiguas pero populares, o dialectales, o pertenecientes al lenguaje familiar, etc. que no fueron aceptadas en el latín literario, aun conservando íntegra su vitalidad en la lengua corrientemente hablada. Pertenecen a esta tercera categoría palabras como:

amma, atta, battalia, branca (mano, miembro), mamma, nonnus, nonna, *finis adj. (surgido en expresiones como honorum finis, pudoris finis), *gentis (surgido por cruzamiento de genitus y gentilis) cucina (lat.cl. culina), tina, bastum, planca, (atest. en Paladio) *bilancia (lat.cl. libra), bisaccia (docum. en Petronio; lat. cl. pera), drappus, rancor, pisinnus (del lenguaje infantil; lat. cl. parvus), bassus, *plattus, praestus (lat. cl. paratus), battuere (docum. en Plauto), *toccare (lat. cl. tangere), titio (docum. en Varrón), cortina (docum. en Augusto; lat.cl. aulaeum), grassus, septimana (lat.cl. hebdomas), camisia (lat. cl. linea), carricare, marcare (lat. cl. onerare), carcatus (lat.cl. onustus), auca (<*avica ; lat., cl. anser), *matraster (l.cl. noverca), *filiaster (lat.cl. privignus) patraster (lat.cl. vitricus) cattus (lat.cl. feles), etc. También en este caso las formas clásicas se conservan a veces, pero sólo esporádicamente (por ej., tangere > esp. tañer, vitricus > rum. vitreg), mientras las formas "vulgares" son las que se mantienen en los varios romances.

Los fenómenos que diferencian el vocabulario "vulgar" del voca-

bulario "clásico" pueden reducirse prácticamente a dos: selección (entre dos o más formas más o menos sinónimas, el lenguaje hablado "elige" una que sigue manteniendo, mientras abandona la otra o las otras) e innovación (en el lenguaje hablado el léxico se renueva, mediante derivación, composición, préstamos).

Por lo que concierne a la selección, hay que observar que, en general, el lenguaje hablado considera menos matices, menos sutilezas, por lo cual, entre los llamados sinónimos - que nunca son ^{totalmente} tales -, mantiene algunos, ampliando su significación, en perjuicio de otros que deja de lado. Así, lacrimare, plorare, plangere eliminan los "sinónimos" lugere, flere; videre elimina los verbos semánticamente afines adspicere, intueri, cernere; grandis ('grande materialmente') asume también el significado de magnus ('grande', pero, sobre todo, moralmente, espiritualmente); alter (el otro entre dos) asume también el significado de alius (otro, diferente'). Del mismo modo, iocus (burla), casa (cabaña, choza), apprehendere (asir, captar) no eran exactamente sinónimos de ludus (juego), domus (casa) discere (aprender), pero se sustituyen a estos.

Por otro lado y, de cierta manera, en sentido contrario, el lenguaje hablado presenta una tendencia constante hacia una mayor expresividad, por lo cual prefiere formas jergales, imágenes, formas irónicas y metafóricas, o sea formas de mayor eficacia afectiva. Así edere es sustituido por manducare, de Manducus, personaje comilón de la antigua comedia latina (pero el derivado comedere se conserva en español: comer); equus se sustituye por caballus (propiamente 'rocin') caput por testa (olla, tiesto), crus por gamba (pata) o perna (jamón) domus por casa (cabaña), todos sinónimos estilísticos, aunque no enunciativos.

Por lo que concierne a la innovación, hay que observar, en primer lugar, que el latín corrientemente hablado de la época imperial, por las mismas razones de expresividad y afectividad, prefirió cada vez ^{más} las formas derivadas (en particular, formas diminutivas y aumentativas, en los nombres; formas frecuentativas e incoativas, en los verbos). Así, avis se sustituye por avicellus aucellus (it. uccello,